

CARTA DECIMOSEPTIMA

Sensibilidad-gusto. —Sensibilidad-pasión.— Ejemplos de sensibilidad inelegante.—Cultura en el niño de la sensibilidad gusto.—Las musas.—La comparación, base del conocimiento.—Canto, dibujo, modelaje.—La sensibilidad-pasión.—Explicaciones de moral escolar: Su esterilidad.—El acento religioso.—Las creencias de los padres.—

Un encuentro en la calle Cortambert.

Todas las palabras que expresan ideas esenciales son, mi querida sobrina, difíciles, si no imposibles de definir; no solamente las palabras geométricas como «tiempo», «espacio», «número», sino hasta los términos generales del léxico corriente, como «belleza», «ingenio», «sensibilidad». ¿Qué es la sensibilidad? No hay definición que sea satisfactoria y, sin embargo, todo el mundo sabe lo que esa palabra significa. Démosla, pues, por comprendida; hoy se trata de buscar la manera de dar a la sensibilidad del niño eso que hemos llamado maneras, elegancia y acento.

Pero, por de pronto, separemos dos matices de la palabra sensibilidad. Hay una sensibilidad-gusto y una sensibilidad-pasión. Ser sensible a la música o a la poesía no implica que se sea a las desgra-

cias ajenas, al patriotismo o a los atractivos de la virtud. Una sonata de Beethoven y el regreso de un amigo conmueven en nuestra alma regiones probablemente próximas, pero no exactamente la misma región. La educación de la sensibilidad deberá, pues, considerar y cultivar aparte la sensibilidad-gusto y la sensibilidad-pasión.

Además, querida sobrina, haz la siguiente experiencia: escucha a las personas del pueblo, a esas personas llamadas «sin educación», expresar lo que sienten después de haber oído un discurso, o al salir del teatro, o visitando una exposición artística. No te parecerán desprovistas de sensibilidad; lejos de eso, a veces, demuestran tener más que muchos burgueses. Pero esta sensibilidad se excita con frecuencia, a contra-sentido y a contra-tiempo, porque poseen ricas sensibilidades, pero sin cultivo, sin dirección. Desgraciadamente, eso mismo suele ocurrirle a personas de lo que hemos convenido llamar la «sociedad». Tú habrás visto más de una pava vestida de encajes, y más de un pavo con frac admirarse ante un arte delicuescente, o una poesía decadente, o un mobiliario extravagante. Esta es una inelegancia peor que la otra. Aquélla es ingenua, conmovedora. Esta, que se cree distinguida, es, sencillamente, odiosa.

Sin embargo, esas pavas y esos gansos tampoco carecen de sensibilidad; la tienen a su manera. Y es precisamente «la manera» la que está mal y la que necesitaría corrección.

Yo quiero que Pedrito y Simona tengan una sensibilidad elegante, que a veces pueda desbordarse del marco ordinario, que sea susceptible de entusiasmo por las cosas bellas y las grandes causas,

pero que no les haga sino muy excepcionalmente perder la cabeza. Y en esto estoy una vez más en desacuerdo con el filósofo de Ginebra, el cual consideraba la palabra sensibilidad por encima de todo. Yo amo la sensibilidad, pero con la condición de que se la discipline.

* * *

¿Cómo disciplinar en el niño la sensibilidad-gusto? Invocando (como se diría en el siglo XVII) a su lado a las musas desde la cuna.

¡Sin broma! Los primeros objetos que han visto los ojos de nuestra Francisca II, han marcado profundas imágenes en su espíritu; hemos procurado, siguiendo la encantadora costumbre inglesa, que la «nursey» fuese clara y risueña, adornada con telas alegres, con muebles graciosos, grabados en colores, representando escenas infantiles, pero exentas de ñoñería... Igualmente, desde que he tomado a mi cargo dirigir la educación de Pedro y Simona, no he dejado pasar un día sin esforzarme en desarrollar en ellos la sensibilidad-gusto, atisbando los signos espontáneos de esta sensibilidad para aprovecharlos... No hay paseo, lo mismo por el campo que por la ciudad, que no reporte ventajas en este sentido. Un educador torpe, le dirá al niño, como a un loro: «La encina es hermosa, por la fortaleza de su estructura y la sun-tuosidad de sus hojas dentadas...», o «Las columnas del Louvre imponen admiración, por su orden sobrio y majestuoso...» Después de lo cual, el alumno no habrá adelantado un ápice en la sensibilidad-gusto; será un papagayo erudito. Un educador sa-

gaz, procederá de modo muy distinto. Hará comparar al niño dos árboles, dos casas; y por ahí excitará su interés. Cuando el niño haya dicho su preferencia, el maestro, con un paciente interrogatorio, se esforzará en hacerle expresar el por qué de esta preferencia. El niño se acostumbrará más de prisa de lo que se cree a comparar espontáneamente un edificio con otro edificio, un árbol con otro árbol, un paisaje con otro paisaje. En cuanto dice:

«Me gusta más ésto que aquéllo», es que su sensibilidad-gusto ha despertado. Comparar, es el primer paso para comprender.

¿Reconoces, mi querida sobrina, nuestro método constante: el niño «centro» de todo estudio que se le imponga? A medida que crezca, se aplicará el método de manera más estrecha. En cuanto supieron servirse de la voz y de los dedos, Pedro y Simona encontraron una diversión en el solfeo, el modelaje, el dibujo en colores... De todas esas artes esenciales, la más esencial es, sin contradicción, el arte del canto. Ruskin ha dicho que debía sentirse tanta vergüenza por no saber cantar, como por no saber escribir. Y, verdaderamente, yo estimo que el canto es el procedimiento más útil, al mismo tiempo que el más seductor, durante la primera educación. Para los niños pequeños, es un auxiliar de la memoria. Más adelante, le inicia en la poesía, que fué cantada por los primeros hombres. Y, más tarde, es uno de los medios más poderosos de federación social de agrupaciones humanas. El coro de las voces simboliza la unión de los corazones.

Después de esa enseñanza esencial, viene el dibujo; su inferioridad al lado del canto es considerable. Es un arte individual; no se dibuja a coro; además, muchos menos niños son capaces de des-

envolverse en el dibujo como en el canto. Pero el dibujo ejercita la atención sobre los objetos y proporciona al maestro un documento de esta atención, muy revelador de las facultades del niño. Al principio no lo uséis más que para eso; después, cuando esté más ejercitado, le enseñaréis otros dibujos bien hechos, para excitar su facultad de comparación... Lo mismo debe hacerse con el colorido y el modelado. Si el niño no ha dibujado, coloreado y modelado, en vano les enseñaréis en los museos las obras maestras del arte; será una enseñanza «en el aire», que es la menos provechosa... En cambio, sus tentativas, por imperfectas, ingenuas o cómicas que sean, los resultados visibles unen su humilde esfuerzo al arte universal, y por ahí establecen una comunicación entre el arte y él.

Si ahora me preguntas qué doctrina de arte deberá enseñarse a los niños, a medida que se desenvuelve su sentido artístico, te responderé que la cuestión no tiene importancia. Es raro que antes de los doce años, un niño, aun afortunadamente dotado, se incline al arte de una escuela, a excepción del arte de otra escuela. Sin embargo, se presenta ese caso, sobre todo a los músicos. Entonces, se aflojan suavemente las riendas, que el pequeño artista siga su genio naciente; no imponerle nada, pero discutir con él, para que tome más conciencia de sus ideas. En la generalidad de los casos, cuando el niño no tiene más que medianas aptitudes, hay que enseñarle a amar el arte en sus manifestaciones incontestables, reservando para más adelante el estudio de los pintores, de los músicos, de los escritores... Pero, sobre todo, que el niño no conozca nada de artistas mediocres; que no cante estribillos idiotas de café-concierto; que no lea literatura barata. Que todo lo que oiga, cante

o lea, sea excelente y concurra a su formación integral.

* * *

La cultura artística empieza desde la aurora de la vida, ritma la sensibilidad exterior del niño, esa que conmueve los sonidos, las formas y los colores... ¿Cómo ritmar esa otra sensibilidad más profunda que resuena en la intimidad del alma, que se conmueve con el bien y el mal moral, con los efectos, con lo que no tiene ni forma, ni color, ni sonoridad, y que, sin embargo, es más importante para el equilibrio humano que el arte mismo? ¿Cómo ritmar la sensibilidad-pasión? ¿Cómo darle acento?

Seguramente, no con los fríos cuadernos de moral cívica, actualmente extendidos por las escuelas. Aprender la virtud como se aprende la aritmética, no es solamente una idea bufonesca, sino irreflexiva. Poco importa que el niño conozca perfectamente las leyes de la moral, si no las «ama».

Por lo tanto, la enseñanza de la moral escolar será estéril, y hasta un poco ridícula, mientras no tenga el carácter ardiente y entusiasta de una religión. Ha llegado la hora de empezar la cultura moral de Pedrito y Simona, y la única cultura moral que puede ser fructífera para el niño es la de carácter religioso.

Pero, ¿qué cultura religiosa? ¡Ha habido tantas maneras de entender esa palabra desde Fenelón hasta Tolstoi!

Toda la vida me acordaré de un día que sorprendí al doctor Bertrand Tasqué dándole la primera lección de religión a su hijo Enrique, que tenía entonces seis años y medio.

El doctor estaba sentado en su butaca, y el «embuchado en un taburete, frente a él.

«Los hombres—decía el doctor—no están de acuerdo sobre los orígenes del mundo, ni sobre su propio origen, ni sobre el último destino del mundo, ni sobre el de ellos. ¡Atiéndeme bien, hijo mío: tu madre y yo no queremos influenciarte en nada; respetamos tu joven conciencia; pero es nuestro deber hacerte conocer las grandes soluciones contrarias, entre las que escogerás...»

Entretanto, el «embuchado científico» abría sus grandes ojos azules, sin moverse. ¡Caramba! Parecía interesado realmente. Yo me admiré de la persistencia de su atención, hasta que me di cuenta de que seguía el vuelo de una mosca que estaba evolucionando sobre el cráneo reluciente de su padre. Y como hiciese el doctor un movimiento con la mano para espantar a la mosca, el neófito soltó la carcajada. Cosa que desconcertó al honrado ideólogo.

Es absurdo, querida sobrina, presentar a niños de siete a doce años los grandes problemas de la metafísica y de la fe, diciéndoles: «Resuélvelos como quieras». Sería lo mismo que presentarles pesas de cincuenta kilos, diciéndoles: «Levanta las que quieras». Pero también será deplorable dejar sin cultivo la región del alma en la que la herencia de los antepasados ha depositado el germen metafísico, el germen religioso. Sería exponerse a atrofiar ese germen (y entonces se habrían formado seres incompletos) o a entregar el niño a la primera influencia, al primer proselitista con que le hiciese tropezar la casualidad.

«Enseñar a los hijos las creencias de los padres. Más tarde sabrán variar de opinión, si lo desean.»

¿Que quién ha dicho eso? Julio Lemaitre (Juan

Jacobo Rousseau, p. 242). Y es una sentencia que me parece dictada por la más profunda sabiduría.

Yo desafío al educador que pretenda arrancar el sentimiento religioso del corazón de la mayoría de los niños; en la región dejada inculta brotará la superstición, el sectarismo y, lo que es peor, esa cultura que os negáis a dar, la dará lo imprevisible, la casualidad, y, posiblemente, en contra de vuestras ideas. Porque un prurito de honor completamente absurdo os impide ejercer vuestra influencia sobre el alma del niño, dejáis esa alma a merced de cualquier influencia. ¡Ay de vosotros! Vais contra vuestros principios, contra vuestro objeto mismo...

Enseñaremos, pues, a los niños las creencias de los padres, y desde muy pronto. (Es la costumbre francesa, muy buena, por cierto.) Se ha criticado la decisión pontificia que fija los siete años para la primera comunión de los neófitos católicos. Yo confieso que me parece una decisión muy sabia. Los grandes ritos tradicionales deben ser llevados a cabo por el niño cuando es aún la prolongación pasiva del pensamiento y de las creencias paternas... Y desde entonces, a medida que su sensibilidad, se desenvuelve la voluntad del niño, que no se desenvolverá en el vacío; una ley moral, respetable por su antigüedad, su carácter religioso y sus resultados, y el hecho de que «es la ley moral de los padres», le proporciona a la vez el ritmo y el cuadro.

El doctor Bertrand-Tasqué, al que exponía yo estas ideas después del fracaso de su famosa lección de filosofía, me replicó:

—Admito, en rigor, la enseñanza autoritaria de eso que usted llama «las creencias de los padres», mientras el niño no haga ninguna objeción. Pero un día las hará. ¿Cuál será entonces su actitud?

—Procuraré distinguir si la objeción es una simple tontería infantil, una travesura de alumno a maestro, en la que no esté realmente interesada la razón. En ese caso, la rechazaré tranquilamente. Ahora bien, si advierto que la objeción corresponde a una verdadera turbulencia interior, a una sincera ansiedad, entonces, querido doctor, ese será el día de la primera lección de moral teórica y de crítica religiosa; mi discípulo me habrá probado de antemano que la desea y que está en condiciones de aprovecharla.

—¿Y qué doctrina le enseñará usted?

—¡Pardiez! La mía. ¿Piensa usted que voy a mentir al niño que estoy formando?... La mía, según mi conciencia; enseñaré exactamente lo que creo...

Debo confesar que no convencí al doctor, y que persiste escrupulosamente en que su melancólico-retoño duda entre la hipótesis de la creación y la de la eternidad de la materia. La angustia de esta elección (ya te lo figurarás) inquieta poco al chico, que, por cierto, va despabilándose un poco desde que va al colegio... Pero, precisamente anteayer, ¿qué crees que vi? La encantadora Silvia había ido a buscar al colegio a su hermanito, y volvían por la calle Cortambert. Yo iba detrás de ellos, pero en vez de acercarme aminoré el paso, porque me divertía observarlos. Hablaban con animación. Silvia es la única persona que tiene ascendiente sobre el niño. Cuando llegaron a cierta capillita, que tú conoces sin duda, bien católica, no obstante su aspecto anglicano, penetraron los dos. Yo entré tras ellos.

Y esto es lo que vi: Silvia había hecho arrodillar al niño, y rezaban juntos.